

VICTORIA SCHWAB

EL
VACÍO



Imagina un lugar donde los muertos descansan como libros en bibliotecas.

Cada cuerpo tiene una historia que contar, una vida en imágenes que solo los Bibliotecarios pueden leer. Los muertos reciben el nombre de Historias. Y el vasto reino en el que descansan es el Archivo.

En *El vacío*, la continuación de la primera novela de la saga *El Archivo*, Victoria Schwab nos vuelve a sorprender con una prosa increíble y una combinación estremecedora de acción, romance y horror. *El vacío* nos sumerge en un rico y alucinante mundo imaginario, donde no hay decisión fácil de tomar y el amor y las pérdidas se perciben como los lados de una misma moneda.

*En tres palabras puedo resumir todo lo que
de la vida he aprendido: la vida continúa.*

ROBERT FROST

UNO

EL CUERPO ME RUEGA QUE DUERMA.

Me siento en el techo del Coronado y me suplica, me ruega que baje de mi asiento sobre el hombro quebrado de una gárgola, que me escabulla nuevamente adentro y baje las escaleras y atraviere el departamento todavía oscuro y me meta en la cama, a *dormir*.

Pero no puedo.

Porque cada vez que duermo, sueño. Y cada vez que sueño, sueño con Owen. Con su pelo rubio ceniza, sus ojos fríos, sus dedos largos envolviendo despreocupadamente su cuchillo preferido. Sueño que arrastra el lado filoso de la hoja por mi piel mientras murmura que la «verdadera» Mackenzie Bishop debe estar escondida en algún lugar debajo de esa piel.

Te encontraré, M, susurra mientras me corta.

Te liberaré.

Algunas noches me mata rápido y algunas noches se toma su tiempo, pero todas las noches me levanto agitada, abrazada a mis costillas, con el corazón palpitando mientras me reviso la piel en busca de heridas recién abiertas.

No hay ninguna, obviamente.

Porque Owen no existe.

Ya no.

Han pasado tres semanas y aunque está demasiado oscuro para distinguir nada que no sean los contornos de los techos bañados por la noche, mis ojos siguen yéndose ha-

cia el espacio —un círculo de gárgolas— donde ocurrió. O al menos, donde *terminó*.

Deja de correr, señorita Bishop. No hay adónde ir.

El recuerdo es tan vívido: Wesley desangrándose hasta la muerte del otro lado del techo mientras Owen presionaba la hoja del cuchillo entre mis omóplatos y me daba una elección que en realidad no era tal, porque el metal me estaba mordiendo la piel.

No tiene que terminar así.

Las palabras flotaron entre nosotros solo el tiempo suficiente como para que yo girara la llave en el aire detrás de su espalda e hiciera un agujero en el mundo, una puerta de la nada, a la nada —a *ningún lado*— y lo enviara a través de ella.

Ahora mis ojos encuentran la marca invisible —*imposible*—. Es apenas un rasguño en el aire, todo lo que queda de la puerta al vacío.

Aunque no puedo ver la marca en el aire, sé exactamente dónde está: el trozo de oscuridad por donde mis ojos resbalan, atraídos y repelidos al mismo tiempo por lo que está fuera de lugar, lo antinatural, lo *defectuoso*.

La puerta al vacío es una cosa extraña, corrosiva.

Intenté regresar a ese día, leer en las estatuas del techo lo que había pasado, pero las memorias estaban todas arruinadas. La abertura del vacío las sobreexpuso, como las fotos, comió minutos sólidos —los más importantes de mi vida— y solo dejó ruido blanco.

Pero no necesito leerlas para ver las imágenes en las piedras: lo recuerdo.

Una piedra se desmorona de una estatua en el extremo más lejano del techo, y me sobresalto y casi pierdo el equilibrio arriba de la gárgola. Me empieza a pesar la cabeza de esa forma peligrosa y soporífica, así que bajo antes de caerme, rotando el cuello cuando las primeras centellas de luz se asoman en el cielo. Me tensiono cuando lo veo. No estoy, de ninguna manera, lista para hoy y no solo porque no

dormí. No estoy lista para el uniforme que está tendido en mi silla ni para la nueva cara que tengo que poner al usarlo. No estoy lista para las instalaciones llenas de cuerpos llenos de ruido.

No estoy lista para la Escuela Hyde.

Pero el sol, de todos modos, sigue subiendo.

Varios metros más allá, una de las gárgolas se destaca entre las otras. Su cuerpo de piedra está forrado con almohadones viejos y cinta de embalaje. Los primeros, robados de un armario en el vestíbulo del Coronado; lo segundo, de un cajón de la cafetería. Es un precario sustituto de un muñeco de entrenamiento para boxeo, pero es mejor que nada. Y si no puedo dormir, entonces ¿por qué no entrenar?

Ahora, mientras el amanecer se desparrama por el techo, desenrollo con cuidado la cinta de boxeo entrecruzada en mis manos y me encojo de dolor cuando la sangre regresa a mi muñeca derecha. Un dolor, sordo y constante, irradia hacia mis dedos. Es otro vestigio de aquel día. *La mano de Owen me sujeta como una tenaza, apretando hasta que se me rompen los huesos y el cuchillo que sostengo con los dedos cae y retumba en el piso de los Estrechos.* Probablemente la muñeca se curaría más rápido si no me pasara todo el tiempo golpeando estatuas de piedra, pero encuentro que el dolor, extrañamente, es un cable a tierra. Casi termino de desenrollar la cinta cuando siento el familiar roce de las letras en el papel que tengo en el bolsillo. Saco la hoja y en la creciente luz del día apenas puedo descifrar el nombre en el medio de la página.

Paso el dedo gordo sobre el nombre, como esperando sentir la marca que hace la lapicera, pero la extraña escritura nunca deja un rastro real. Una mano en el Archivo escribe en un libro del Archivo y las palabras hacen eco en el papel de acá. Encuentras la Historia y el nombre desaparece. Sin marcas duraderas. Pensé en hacer una lista con las

personas que encontré y devolví, pero mi abuelo, Da, me hubiera dicho que preocuparse no tiene sentido. *Miras fijo cualquier cosa, habría dicho, y empiezas a hacerte preguntas. ¿Y adónde llevan las preguntas? A ningún lugar bueno.*

Me dirijo a la puerta oxidada de la azotea. Encontrar a Ellie Reynolds debería mantenerme ocupada, al menos hasta que sea una hora más aceptable para estar despierta. Si les contara a mis padres cómo he estado pasando las noches —la mitad de ellas con pesadillas y la otra mitad aquí en el techo—, me mandarían a un terapeuta. Por otro lado, si les contara a mis padres cómo he pasado los últimos cuatro años y medio de mi vida —cazando las Historias de los muertos y devolviéndolas—, me encerrarían en un psiquiátrico.

Bajo los cuatro escalones de concreto, sumamente consciente del silencio y de la forma en que mis pasos lo apuñalan. En el tercer piso, las escaleras me escupen al pasillo adornado con un gastado empapelado amarillo y luces de cristal polvorientas. El departamento 3F espera en el extremo más lejano del pasillo, y parte de mí está desesperada por ir a casa y dormir, pero la otra parte de mí no está dispuesta a arriesgarse. En vez de eso, me detengo a mitad de camino, justo pasando los ascensores de metal que parecen jaulas, en el espacio enmarcado por un viejo espejo y una pintura del mar.

Al lado de la pintura, puedo percibir la grieta, como una ondulación en el empapelado, que simultáneamente atrae y repele mi mirada. Es una forma bastante fácil de saber si algo no encaja: cuando tus ojos no pueden encontrarlo con precisión porque es algo que se supone que no debes ver. Como en el techo. Pero a *diferencia* del techo, cuando me saco el anillo de plata del dedo, la incomodidad desaparece y puedo ver con claridad la forma en el medio de la grieta.

Una cerradura.

Una puerta a los Estrechos.

Paso los dedos por el pequeño y oscuro punto, dudando un instante. Las paredes entre los mundos solían sentirse como hechas de piedra: pesadas e impenetrables. Estos días se sienten demasiado delgadas. Los secretos, las mentiras y los monstruos traspasan, arruinando las líneas nítidas.

Mantén tus mundos alejados, me aconsejó Da. Separados con prolijidad y firmeza y solidez.

Pero todo es un lío ahora. El miedo me sigue a los Estrechos. Las pesadillas me siguen afuera.

Busco el cordón de cuero que llevo al cuello y me lo quito por la cabeza. La llave que cuelga al final brilla en la luz artificial del pasillo. No es mía —no es de Da, quiero decir— y la primera vez que la usé para abrir una puerta a los Estrechos, recuerdo haberme sentido amargada por el hecho de que pudiera reemplazar tan fácilmente la llave de mi abuelo. Como si fueran lo mismo.

Sopeso esta en mi mano; es demasiado nueva y una fracción demasiado liviana, y no es solo un trozo de metal, sino un símbolo: una advertencia de que las llaves y la libertad y las memorias y las vidas pueden ser arrebatadas. Aunque no necesito un recordatorio. El interrogatorio de Agatha está grabado en mi memoria.

Solo habían pasado unos días. El tiempo suficiente como para que los moretones cambiaran de color en mi piel, pero no lo suficiente como para que mi muñeca sanara. Agatha se sentó ahí en su silla, sonriendo amablemente, y yo me senté en la mía, tratando de que ella no viera cuánto me temblaban las manos. No tenía llave —ella me la había sacado— y sin ella, no tenía forma de salir del Archivo. El problema, como Agatha explicó, era que yo había visto el detrás de escena, había visto las piezas y las fallas. La pregunta era: ¿debía permitirme recordar o debía extraer el Archivo todo lo que había visto y hecho dentro de su jurisdicción y dejarme llena de agujeros? Libre del peso de todo.

Si tuviera que elegir, le dije, preferiría aprender a vivir con lo que sé.

Esperemos que estés tomando la decisión correcta, dijo y me puso la nueva llave en la mano. Hizo que envolviera el metal con los dedos y agregó: Esperemos que yo también.

Ahora, parada en el pasillo, meto la llave de Agatha en la marca en el empapelado amarillo y observo cómo las sombras se expanden desde la cerradura, impregnando la pared como si fuera tinta a medida que la puerta cobra forma. Cuando termina de conformarse —los bordes marcados por la luz—, me obligo a girar la llave y, por un segundo, no puedo. Me empieza a temblar la mano, así que aprieto la llave hasta que el metal me muerde la piel y el dolor me estimula a liberarme, y entonces abro la puerta de un empujón y paso a los Estrechos.

Cuando la puerta se cierra detrás de mí contengo el aliento, como hacen los chicos cuando van en el auto y pasan al lado de un cementerio. Es superstición, simplemente una tonta esperanza de que no pasarán cosas malas si no inhalas. Me fuerzo a quedarme parada ahí en la oscuridad hasta que mi cuerpo admite que Owen no está aquí, solo estoy yo y, en algún lugar, Ellie Reynolds.

Resultó ser una devolución sencilla, una vez que la encontré.

Es más fácil localizar a las Historias cuando corren, porque proyectan memorias, como sombras, en cada centímetro de suelo que recorren. Pero Ellie se queda quieta, acurrucada en una esquina de los Estrechos cerca del borde de mi territorio. Cuando la encuentro, se va sin oponer resistencia, lo que es algo bueno.

Me apoyo contra la pared húmeda y oscura, es todo lo que puedo hacer para mantener los ojos abiertos. A rastras, vuelvo hacia las puertas numeradas que llevan a casa, bostezando todo el camino hasta la puerta con el I marcado en tiza. Paso nuevamente al Exterior, aliviada de encontrar el pasillo del tercer piso tan silencioso como lo dejé. Es de-

masiado fácil perder la noción del tiempo en los Estrechos, donde ningún tipo de reloj funciona, y hoy, más que ningún otro día, no puedo darme el lujo de llegar tarde.

La luz del sol inunda en el departamento desde las ventanas mientras cierro la puerta con cuidado y atravieso la sala de estar, mis pasos tapados por el sonido de la elaboración del café y el murmullo bajo de la televisión. Debajo de la placa con la hora y el día —6:15 horas, miércoles—, un presentador de noticias parlotea sobre el tránsito y da el resumen deportivo, antes de cambiar el ritmo.

—A continuación —dice, revolviendo papeles—, lo último sobre un crimen que tiene a todos perplejos. Una persona desaparecida. Una escena caótica. ¿Fue un robo, un secuestro o algo peor?

El presentador pronuncia la frase con demasiado entusiasmo, pero algo en la imagen congelada que flota detrás de él me llama la atención. Estoy yendo hacia el televisor cuando el sonido apagado de los pasos de mis padres en su habitación me recuerda que estoy parada en el medio del departamento, todavía con la ropa negra y ajustada de Portera, a las seis de la mañana.

Me escabullo rápidamente al baño y abro la ducha. El agua está caliente y se siente maravillosa. El calor me relaja los hombros y me calma los músculos doloridos, el sonido del agua llena la habitación de ruido blanco, constante y tranquilizador. Se me cierran de a poco los ojos y entonces...

Me tambaleo y me sostengo un instante antes de caer hacia adelante contra la pared. El dolor se dispara en mi muñeca lesionada cuando me apoyo contra los azulejos. Lanzo un insulto en voz baja y cierro de golpe el agua caliente. El agua helada me golpea la piel, el *shock* me deja miserable pero bien despierta. Estoy cubierta con una toalla a mitad de camino hacia mi habitación, con la ropa de Portera amontonada bajo el brazo, cuando la puerta del cuarto de mis padres se abre y papá se asoma. Está soste-

niendo una taza de café y emana el usual aire de mal dormido y exceso de cafeína.

—Buen día —murmuro.

—Gran día, corazón. —Me planta un beso en la frente y su ruido (la estática que todas las personas vivas llevan consigo, el sonido de sus pensamientos y sus memorias) resuena a través de mí, las imágenes obstruidas solo por el anillo de Portera que tengo en el dedo—. ¿Crees estar lista? —pregunta.

—Lo dudo —respondo, resistiendo las ganas de señalar que no tengo otra opción. En vez de eso, lo escucho decirme que voy a estar a la altura del desafío. Incluso me las arreglo para sonreír, encogerme de hombros y decir «seguro», antes de escaparme a mi dormitorio.

El agua fría podría haber sido suficiente para despabilar-me, pero no está ni cerca de ser suficiente para prepararme para el uniforme escolar que me espera en una silla. El agua me cae desde el pelo a los ojos, mientras observo la remera blanca —de mangas largas, con ribetes plateados y con un escudo en el bolsillo del pecho— y la falda escocesa color negro, plateado, verde y dorado. Los colores de la Escuela Hyde. En el catálogo, chicos y chicas estudian bajo robles centenarios, con una cerca de hierro forjado a un lado y un edificio cubierto de musgo del otro. Una imagen de clase, encanto y resguardada inocencia.

Busco mi celular recién cargado y le mando un mensaje rápido a Wesley.

Mackenzie: No estoy lista para esto.

Wesley Ayers, quien se autodenominó WESLEY AYERS, CÓMPLICE en mi celular, ha estado fuera por más de una semana; se fue justo después de la boda de su padre a una luna de miel pensada para «unirse como familia». A juzgar por cuán seguido me ha estado mensajeando, diría que decidió no participar en las actividades de vinculación afectiva.

Un momento después, responde.

Wes: *Eres Portera. Puedes cazar los registros animados de los muertos en tu tiempo libre. Estoy bastante seguro de que te las arreglarás bien en un colegio privado.*

Me puedo imaginar a Wesley poniéndose las manos en la nuca mientras lo dice, con una ceja levantada, con sus ojos marrones cálidos y brillantes y delineados de negro. Estoy tratando de pensar algo inteligente para contestarle, cuando vuelve a escribir.

Wes: *¿Qué tienes puesto?*

Me sonrojo. Sé que solo está bromeando —vio el uniforme antes de irse—, pero no puedo evitar recordar lo que pasó en el jardín la semana pasada, el día de la boda. La forma en que sus labios sonreían contra mi mentón, cómo su ahora familiar ruido —esa cacofonía de tambores y bajos— me atravesaba por la presión de su contacto, antes de que yo pudiera encontrar la fuerza para decirle que no. La expresión de dolor en sus ojos cuando finalmente lo hice; tan oculta que la mayoría de la gente no se hubiese dado cuenta. Pero yo la vi. Lo noté en su rostro cuando retrocedió, en sus hombros cuando se apartó, en las comisuras de sus labios cuando me dijo que estaba bien. Que las cosas entre *nosotros* estaban bien. Y quise creerle pero realmente no le creí. No le creo.

Por eso todavía estoy parada aquí envuelta en la toalla, tratando de pensar qué responderle, cuando escucho que la puerta de entrada del departamento se abre y se cierra de un golpe. Un segundo después, una voz agitada me llama y después alguien golpea la puerta de mi dormitorio. Lanzo el celular a un lado.

—Me estoy vistiendo.

Como si eso fuera una invitación, la puerta comienza a abrirse. La atrapo con la mano y la cierro con fuerza.

—*Mackenzie* —dice mi mamá resoplando—. Solo quiero ver cómo te queda el uniforme.

—Y yo te voy a mostrar —respondo enojada— en cuanto lo tenga *puesto*. —Se queda callada, pero sé que toda-

vía está parada ahí en el pasillo detrás de la puerta. Me pongo la remera de un tirón y abotono la falda—. ¿No deberías estar en la cafetería —le grito— preparando todo para abrir?

—No quería dejar de verte antes de que te fueras —habla a través de la madera—. Es tu primer día...

Su voz flaquea antes de apagarse, y suspiro ruidosamente. Captando el mensaje, se aleja por el pasillo, sus pasos hacen eco detrás de ella. Cuando finalmente salgo, está sentada a la mesa de la cocina con un delantal de Café Bishop, leyendo el folleto de la Escuela Hyde con un lista de sí y NO. (Se alienta a los estudiantes a ayudar, ser respetuosos, tener buenos modales, pero se desalienta el uso de maquillaje, los *piercings*, el pelo teñido de colores que no son naturales y la estridencia. De hecho, la palabra *estridencia* está en el libro. Resalté las partes que pienso que le van a gustar a Lyndsey; solo porque está a una hora de distancia no significa que no pueda reírse a mis expensas).

—¿Y? —pregunto, dando una vuelta lentamente para darle el gusto a mi mamá—. ¿Qué te parece?

Levanta la vista y sonríe, pero sus ojos están brillosos y sé que acabamos de entrar en un terreno frágil. Se me retuerce el estómago. He estado haciendo todo lo posible para *esquivar* el tema, pero al ver el rostro de mamá —la guerra sutil entre la tristeza y la terquedad de estar alegre—, no puedo evitar pensar en Ben.

Mi hermano pequeño fue asesinado el año pasado de camino al colegio, tan solo un par de semanas antes de las vacaciones de verano. Ese terrible día de otoño, cuando volví a clases y Ben no, va a quedar como uno de los momentos más oscuros de la historia de mi familia. Fue como sangrar hasta morir, pero más doloroso.

Así que cuando veo la tensión en los ojos de mamá, solo agradezco que haya pasado un año para amortiguar el dolor, aunque sea un poco. Dejo que pase los dedos por los ribetes plateados que delinean los hombros de mi re-

mera, haciendo un esfuerzo por quedarme quieta debajo del ruido agobiante que se vierte desde sus dedos a mi cabeza con su contacto.

—Será mejor que vuelvas a la cafetería —digo con los dientes apretados, y mamá deja caer la mano, confundiendo mi incomodidad con fastidio.

Igual se las arregla para sonreír.

—¿Estás lista?

—Casi —respondo. Cuando no se da vuelta para irse, sé que es porque quiere acompañarme hasta la calle para despedirse. Ni me molesto en protestar. Hoy no. En vez de eso, hago un chequeo rápido: primero lo mundano (mochila, billetera, anteojos de sol) y después lo específico (mi anillo en el dedo, la llave en mi cuello, la lista en mi... no tengo la lista). Vuelvo a mi habitación para buscar la hoja de papel del Archivo en el bolsillo de mis pantalones. Ahí también está mi celular, al lado de la pata de la cama, justo donde lo tiré más temprano. Transfiero el papel (en blanco, por ahora) al bolsillo delantero de mi falda y escribo una respuesta rápida a la pregunta de Wesley...

Wes: ¿Qué tienes puesto?

Mac: Armadura de batalla.

... antes de meter el teléfono en mi mochila.

Camino a la salida, mamá me da todo un discurso sobre mantenerme a salvo, ser amable, caerles bien a los demás. Cuando llegamos a la base de las escaleras de mármol del vestíbulo, me planta un beso en la mejilla (suena como platos que se rompen en mi cabeza) y me dice que sonría. Entonces un anciano llama desde el otro lado del vestíbulo y pregunta si el café está abierto. La veo irse apurada, trinando con alegría matinal mientras lo lleva adentro de Café Bishop.

Atravieso las puertas giratorias del Coronado y me dirijo al soporte de bicicletas recientemente instalado. Solo hay una bici encadenada a él, una estructura elegante de metal estropeada —Wes diría adornada— por una tira de cinta

adhesiva plateada sobre la cual la palabra DANTE está garabateada con un marcador indeleble. Sabía que un auto era imposible —todo el dinero de la familia alimenta la cafetería en estos momentos—, pero tuve la previsión de pedir una bici. Mis padres se sorprendieron; supongo que pensaron que tomaría el autobús (el de línea, no el escolar; Hyde no se rebajaría a tener su nombre estampado en el costado de una monstruosidad amarilla o naranja y, además, el estudiante promedio seguramente maneja un Lexus), pero los buses son cajas abarrotadas de cuerpos llenos de ruido. Tiemblo de solo pensarlo.

Saco un par de pantalones deportivos de mi bolso y me los pongo debajo de la falda, antes de desencadenar a Dante. El toldo de Café Bishop aletea con la brisa y las gárgolas del techo observan hacia abajo, mientras paso la pierna sobre la bici y bajo el cordón de la verdad.

Estoy casi llegando a la esquina cuando algo —*alguien*— me llama la atención, entonces bajo la velocidad y miro hacia atrás.

Hay alguien en la vereda de enfrente del Coronado y me está observando. Un hombre, de unos treinta y pocos años, con cabello rubio y piel dorada por el sol. Está parado en el cordón, cubriéndose los ojos por la luminosidad y mirando el Coronado con los ojos entrecerrados, como si fuera algo sumamente interesante. Pero hubiera jurado hace un momento, cuando pasé a toda velocidad, que me estaba mirando a mí. Y aún ahora, cuando no me observa, esa sensación persiste.

Me detengo en la esquina, haciendo de cuenta que estoy ajustando los cambios de mi bici mientras lo observo no observarme. Algo en él me resulta familiar, pero no sé bien qué. Quizás haya estado en Café Bishop cuando estaba atendiendo o tal vez sea amigo de algún residente del Coronado. O quizá no lo haya visto jamás y simplemente tiene una de esas caras que parecen familiares. Quizá solo necesito dormir. En cuanto le doy lugar a la duda, mi con-